

PRESENTACIÓN DEL LIBRO *TIEMPOS BINARIOS: LA GUERRA FRÍA DESDE PUERTO RICO Y EL CARIBE*

Jorge Rodríguez Beruff

Agradezco de un modo muy particular la invitación que me han hecho los editores Silvia Álvarez Curbelo y Manuel Rodríguez Vázquez a presentar su libro *Tiempos Binarios: La Guerra Fría desde Puerto Rico y el Caribe*. Me honra compartir esta presentación con la amiga escritora Magali García Ramis. Espero que nuestras perspectivas sirvan para hacerle justicia a este importante libro y para motivar al público a su lectura.

Debo decir que me siento parte de este proyecto porque lo ubico en el contexto de una aportación colectiva que abarca a un grupo de investigadores, entre los que me cuento, interesados en este largo periodo de conflicto internacional que abarca más de medio siglo, desde la década de los treinta hasta fines de los ochenta. No me fue posible participar en este volumen, pero espero que los editores renueven la invitación para el próximo.

He dicho que el conflicto abarcó medio siglo porque podemos ver la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría como fases de un conflicto prolongado. En efecto, podríamos ubicar esas guerras globales como parte de un período aún más extenso si consideramos que sus raíces

se encuentran en los años de la Revolución Rusa y la Primera Guerra Mundial. Al fin y al cabo, como señaló John Maynard Keynes, que fue negociador por Gran Bretaña para el Tratado de Versalles, la primera Guerra Mundial dejó todo dispuesto para que se repitiera la guerra pero en escala aún mayor. Es decir, que si algo ha marcado el siglo 20 han sido las dos grandes guerras mundiales, sus revoluciones y guerras anexas, y sus secuelas en el sistema internacional binario de la segunda mitad del siglo.

La Guerra Fría se fue gestando durante la Segunda Guerra Mundial en las diferencias entre los Aliados sobre la estrategia para abrir un segundo frente en Europa, en las reticencias británicas a abandonar sus intereses imperiales en el Mediterráneo y el Mediano Oriente, en las preocupaciones soviéticas con las amenazas de una Alemania reconstruida como poder industrial y por establecer un cinturón de seguridad en la Europa Oriental, en el papel de los Partidos Comunistas en la resistencia al fascismo o a los ocupantes japoneses, en la aspiración estadounidense a ocupar el lugar de los decadentes imperios europeos, y en tantas otras circunstancias que fueron generando las fricciones y

desconfianzas que devinieron en una hostilidad que colocó al mundo al borde de otra guerra global, que hubiera sido nuclear, y que fue combustible para varias guerras calientes en la periferia.

Por ejemplo, desde 1943 eran evidentes las tensiones cuando la URSS le retiró el reconocimiento al gobierno polaco en el exilio por su insistencia en una investigación sobre la masacre de Katyn de 1940 (descrita en la extraordinaria película de Wadja), cuando la NKVD eliminó 22,000 oficiales, policías y agentes de inteligencia polacos. También en la desconfianza soviética de que los Aliados occidentales deliberadamente la estaban dejando desangrar y haciendo cargar con casi todo el peso de la guerra. Por muchas razones, la alianza antifascista resultó ser inherentemente inestable.

Entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el comienzo de la Guerra Fría solamente transcurrieron dos años, 1945 y 1946. El historiador británico Hugh Thomas, en su volumen sobre estos dos años titulado *Armed Truce, The Beginnings of the Cold War, 1945-1946*, ha denominado "tregua armada" ese paréntesis. Según Thomas, la denominación de Guerra fría la inventó a fines de siglo 19 el marxista alemán Edward Bernstein para referirse a la carrera armamentista que se desató para competir con Alemania. La expresión fue utilizada en 1946 por Herbert Bayard Swope, un destacado periodista y ayudante de Bernard Baruch en la Primera Guerra Mundial, y, luego, por Walter Lippman que tituló

así un libro que fue una recopilación de artículos de prensa. Pero Thomas aclara que fue George Orwell, en un artículo del 19 de octubre de 1945 en *Tribune*, quien usó el concepto para referirse a la URSS como un estado que estaba en permanente guerra fría.

La Guerra Fría creó un orden mundial binario, para usar la expresión del título del libro. Ese "orden" descansaba sobre una competencia multifacética entre las dos potencias que emergieron como dominantes a escala mundial. Por un lado, Estados Unidos con una potente economía industrial, el arma nuclear y una presencia militar global y, por otro, la Unión Soviética con un apabullante poder terrestre capaz de ocupar toda la Europa Occidental, una influencia incrementada en su entorno geográfico e involucrada en China y otros países excoloniales, y, eventualmente, también poseedora de una capacidad nuclear. Los otros polos industriales, Europa y Japón, estaban debilitados por la guerra. No fue por la muerte de Roosevelt y la llegada de Truman a la presidencia, o por las veleidades de Churchill o Stalin que se desató el conflicto, sino que fueron las realidades de un poder mundial polarizado, que las instituciones de posguerra no pudieron domesticar, las que llevaron a la transición de guerra caliente a fría.

Zbgniew Brzezinski, en un importante artículo de 1972 publicado en *Foreign Affairs* titulado "How the Cold War was Played", definió la Guerra Fría como una competencia global que

se daba en múltiples planos militares, diplomáticos, tecnológicos, culturales, etc., una concepción muy parecida a la de Guerra Total formulada por Eric von Luddendorf y otros autores al final de la Primera Guerra Mundial, a la que se refiere Manuel Rodríguez Vázquez en su ensayo. De manera que todos los aspectos de la vida social, no solamente los militares y políticos, jugaban un papel en la competencia global entre bloques, hasta el diseño de los espacios domésticos y las cocinas, como señala Jorge Lizardi en *Tiempos binarios*.

Como saben, uno de los marcadores del comienzo de la Guerra Fría fue la publicación en 1947 del célebre “X article” de George F. Kennan titulado “The Sources of Soviet Conduct” donde argumentaba que el único acercamiento a las relaciones con el liderato político soviético era una política de contención basada en el poder. El año anterior Kennan había ofrecido una serie de conferencias en el *National War College* publicadas con el significativo título de *Measures Short of War*. En la conferencia del 16 de septiembre de 1946 dice que:

The United States is strong not to the extent that the armed services are strong, or that its diplomacy is brilliant, but to the extent that strength goes beyond the armed services **to the root of our society** [énfasis del autor]. For that reason, none of us can afford to be indifferent to internal disharmony, dissension, intolerance and the things that break up the moral and political structure of our society at home.

Otro de los aspectos de la Guerra Fría fue su globalidad y alcance espacial, convirtiendo todas las regiones y países en escenarios del conflicto. Ya la Primera y la Segunda Guerra Mundial habían marcado esa tendencia a la globalidad de los conflictos, pero eso se profundizó con la Guerra Fría. Toda región o país importaba en el juego cero suma del conflicto. A pesar de la centralidad de Europa y Alemania, el Caribe fue un importante escenario (o frente), como también lo fue Asia.

El fin de la brevísima primavera democrática de posguerra y el endurecimiento de la actitud hacia procesos como el de Arbenz en Guatemala anunciaron que había llegado el invierno político a la región. Fue necesario apuntalar la relación militar con Cuba, como explica Javier Figueroa. Luego la Revolución Cubana y la memorable visita de Anastas Mikoyan instalaron las tensiones binarias en la región hasta llevarlas al borde del abismo a fines de 1962. Las redefiniciones de la relación de Estados Unidos con Puerto Rico se dieron en ese ambiente que requería contar con aliados en América Latina y el Caribe, y luego de 1959 contrapesar a Cuba. Como expone Carlos Altgracia, también fue necesario acabar con la dictadura de Trujillo y promover un cambio político controlado en la República Dominicana. Muchos otros eventos regionales, como el proceso de descolonización en el Caribe Británico, fueron promovidos o condicionados por la dinámica de conflicto internacional.

No se trató solamente, o principalmente, de los nuevos arreglos jurídicos del Estado Libre Asociado. Las exigencias de la Guerra Fría permearon todos los aspectos de la vida política y cultural puertorriqueña, hasta los miedos cotidianos a la destrucción nuclear, como destaca Manuel Rodríguez. La producción literaria y el debate universitario y cultural no se entiende plenamente si lo abstraemos de las dinámicas binarias de la época. Esas consecuencias profundas de la dinámica internacional y la política de Estados Unidos en Puerto Rico son el tema de varios de los ensayos como los de Silvia Álvarez, Manuel Rodríguez, Jorge Lizardi, Eliseo Colón y Malena Rodríguez. Una de esas consecuencias fue el involucramiento de los soldados puertorriqueños en dos conflictos asiáticos. Manuel Avilés Santiago y Mara Pastor Rodríguez analizan, desde el punto de vista de los veteranos y de la poesía, las profundas huellas de la Guerra de Vietnam.

El esfuerzo de los académicos puertorriqueños por entender el siglo 20, tomando en cuenta las complejas interacciones entre los procesos internacionales y locales, incluyendo las guerras, se plasma ahora en *Tiempos binarios*. Ese ánimo se expresó también en los dos volúmenes sobre *Puerto Rico en la Segunda Guerra Mundial* que editara con José L. Bolívar y el libro editado en inglés, *Island at War: Puerto Rico in the Crucible of the Second World War* que publicara la Universidad de Mississippi, así como en un creciente número de otras

publicaciones de diversos enfoques y temas. Agradecemos a los editores de *Tiempos binarios* que colaboraran en el proyecto sobre la Segunda Guerra Mundial con ensayos en que indagaron sobre algunos temas que guardan continuidad con sus textos en este libro.

Se ha ido imponiendo un enfoque de la investigación histórica en que la historia puertorriqueña se ubica en los escenarios más amplios de los procesos mundiales y de la región caribeña, a la vez que se busca captar la complejidad de las relaciones desde perspectivas interdisciplinarias. Silvia Álvarez Curbelo señala en su excelente ensayo sobre la discursiva de Luis Muñoz Marín en los tiempos nucleares que “en trabajos anteriores he insistido en la importancia de las guerras del siglo 20 en los rumbos que ha tomado Puerto Rico.” Me consta la trayectoria de muchos años de esta prolífica intelectual y sus aportaciones al estudio del impacto de las guerras en la historia de Puerto Rico. Han sido muchas las coincidencias que hemos tenido y a ella le debo algunos proyectos en los que me involucré. Manuel Rodríguez, por otro lado, en su ensayo sobre el miedo a una debacle nuclear subraya que “habría que plantearse cómo la guerra transformó los entramados institucionales del Puerto Rico de la segunda mitad del siglo XX”.

Ese juicio sobre la relevancia de estudiar las coyunturas de guerra desde una perspectiva amplia la comparten los demás autores que aportan a este libro. Desde

el urbanismo hasta la literatura, pasando por la dinámica en las relaciones intra caribeñas, la Guerra Fría dejó su impronta en la vida de las sociedades caribeñas a la vez que nuestros países fueron escenarios de la competencia global en un mundo binario. No fue única o principalmente un rejuego de espías y guerras encubiertas como una cierta mitología a la John Le Carré ha tratado de presentar, aunque de eso también se haya tratado.

La relevancia de estudiar la Guerra Fría no es solamente un planteamiento metodológico abstracto sobre la historiografía del siglo 20 en el Caribe. Para los de mi generación, la Guerra Fría determinó de muchas maneras concretas el rumbo de nuestras vidas. Podemos encontrarla en nuestras biografías. En no poca medida estoy aquí presentando este libro, por una extensa e histórica visita que hizo Anastas Mikoyan a Cuba en febrero de 1960 y luego por su retorno en noviembre de 1962 para terminar de desactivar una guerra nuclear.

No puedo estar más de acuerdo con el enfoque básico de los editores y autores de este libro. Se trata de incorporar los procesos internacionales, y en particular la guerra, al análisis sobre los procesos históricos de Puerto Rico y de la región del Caribe. No para tratarlos como algo “externo” o como eventos unidimensionales, mayormente militares o políticos, sino como parte integral de nuestra historia, entretejiéndose con y condicionando en forma compleja

los más diversos aspectos de la vida social. Al adoptar este enfoque no nos “cogerá el holandés” sino que entenderemos mejor qué tuvo que ver con la historia caribeña y de Puerto Rico. Como dicen los editores: “Si algo vincula a los ensayos en este volumen es el interés de sus autores porque se aprecien las articulaciones y los enlaces, muchos de esos insospechados, tanto en los acontecimientos que relatamos como en los resortes teóricos, metodológicos y narrativos que los arman.” Ese es el enfoque de este volumen y una de sus virtudes es que a la hora de establecer esas articulaciones abarca el campo cultural.

Además, como plantean los editores y autores, hay que analizar los procesos en el escenario particular del Caribe y en la relaciones entre los países caribeños. Se trata de construir relatos que entrelacen de forma compleja los diversos planos, internacionales, regionales y nacionales, de los procesos históricos. Y también entender en qué medida nuestros países han sido protagonistas de algunos de esos procesos, como lo fueron Cuba y Puerto Rico en la Guerra Fría. Por eso aparecen prominentemente en la portada Luis Muñoz Marín junto con John F. Kennedy y Fidel Castro con Nikita Krushev, los dos polos caribeños de una región que se tornó también binaria. Cuando Eric Williams reflexionó en 1970 sobre el futuro de la región, en los capítulos finales de su clásico sobre la historia caribeña, comparó los modelos binarios de Cuba y Puerto Rico para concluir que

ninguno de los dos debía marcar la ruta del Caribe. En *Tiempos binarios*, ese enfoque regional se evidencia de modo particular en los aportes de Javier Figueroa y Carlos Altagracia. Tenemos que cultivar más una historiografía de las relaciones.

En la introducción los editores destacan el grupo de académicos que gestó *Tiempos binarios* y narran cómo se gestó este proyecto, pero también reconocen generosamente las aportaciones de otros colegas que han trabajado la guerra y la posguerra. En estas menciones nunca se puede ser totalmente exhaustivo, pero debemos reconocer, como hacen los editores, que la producción de los investigadores puertorriqueños en décadas recientes ha sido notable y este volumen evidencia ese quehacer intelectual. Es cierto que, como también señalan los editores, hay un “boom” de publicaciones en los Estados Unidos y otros países sobre la Guerra Fría (sin mencionar la apabullante bibliografía sobre la Segunda Guerra Mundial), pero debemos sentirnos complacidos, aunque no totalmente satisfechos, con lo que se ha venido produciendo en Puerto Rico.

No creo que sea apropiado comentar aquí en detalle cada uno de los ensayos que componen *Tiempos binarios*, pero vale la pena dar una mirada de conjunto a las valiosas aportaciones que componen este libro y los temas que se abordan en ellos.

Los dos primeros ensayos corresponden a los editores del libro,

Silvia Álvarez y Manuel Rodríguez Vázquez. Silvia Álvarez analiza la discursiva política de Luis Muñoz Marín bajo la sombra de la amenaza nuclear durante los años de la Guerra Fría. La autora explica cómo esta entronca con sus formulaciones sobre el fascismo en el período de la Segunda Guerra Mundial. En su excelente ensayo, la autora relaciona los eventos internacionales, el papel de Puerto Rico en la política hacia América Latina y la dinámica de las luchas políticas criollas para ayudarnos a comprender la evolución del pensamiento de Muñoz. Manuel Rodríguez, por otro lado, analiza el miedo a una guerra nuclear en los años sesenta y la acción gubernamental a través de la Defensa Civil, una muy importante agencia que murió con el fin de la Guerra Fría. La educación y la movilización de la población para una guerra nuclear y la proliferación de refugios nucleares fue parte de la experiencia de la Guerra Fría. Como dice el autor, “la posibilidad perenne de la catástrofe y el espectro de la guerra fueron [en] buena parte responsables del ethos de la responsabilidad gubernamental de Puerto Rico en la segunda mitad del siglo XX”. Estos dos ensayos abren *Tiempos binarios* sentando la tónica de un volumen con ensayos sobre temas nuevos o abordados con perspectivas novedosas, bien escritos y basados en investigación de numerosas fuentes.

A estos ensayos iniciales, le sigue el análisis de Javier Figueroa sobre la redefinición de la política de Estados Unidos hacia Cuba desde fines de la Segunda Guerra

Mundial, que buscaba apuntalar las estrechas relaciones económicas que se habían forjado durante el siglo XX y al centro de las cuales se encontraba la política azucarera y el comercio. Es un detallado estudio que abarca mayormente los gobiernos de Grau San Martín y Prío Socarras que nos provee el trasfondo al golpe de Batista de 1952. Figueroa muestra cómo el plano de la relación económica se vinculó con la preocupación por los desarrollos políticos internos y con la colaboración militar entre los dos países. Al interior de esa relación, según el autor, los Estados Unidos lograron implantar su modelo de relaciones a pesar de las reticencias cubanas.

En el siguiente ensayo de Eliseo Colón Zayas, el foco se desplaza a Puerto Rico para examinar el papel de los diversos medios de comunicación. El autor señala que “este ensayo descansa en cómo la Guerra Fría se convierte en un dispositivo de control a través de una cultura de comunicación masiva particularmente al interior de Estados Unidos”. El papel de la radio, el cine, la televisión, la prensa y las políticas culturales gubernamentales a través de DIVEDCO son objeto de su abarcador análisis. Los medios reforzaron “la misión moral del bien del desarrollo capitalista contra el comunismo.” A este ensayo le sigue la aportación de Jorge Lizardi que aborda el choque de visiones sobre la vivienda y el ordenamiento urbano, particularmente el enfrentamiento entre las visiones de Muñoz y el modelo de vivienda privada y

suburbanización de Long. Ese enfrentamiento el autor lo ubica en el escenario amplio de los conflictos internacionales y las tendencias políticas en los Estados Unidos, ya que en la Guerra Fría la arquitectura, el diseño de la vivienda y las utopías urbanas fueron terrenos de disputa.

El tema de la cultura, pero ahora vista a través de los debates intelectuales y la literatura puertorriqueña durante la Guerra Fría, es abordado desde una perspectiva amplia por Malena Rodríguez Castro. Por este ensayo desfilan los principales intelectuales, artistas y escritores de la posguerra ubicándolos en los debates de alcance internacional de la Guerra Fría. Es una extraordinaria aportación que analiza los distintos ámbitos de la cultura puertorriqueña trayendo la reflexión hasta los movimientos y tendencias de los años de la Guerra de Vietnam. La autora combina el análisis sobre las dinámicas en el campo cultural con sus propias reflexiones y valoraciones. Se trata de una muy valiosa aportación que, para los que vivimos parte de esos procesos, nos evoca muchos recuerdos. En cierto modo, este ensayo interactúa con el de Mara Pastor Rodríguez que cierra el volumen. En su ensayo, Pastor complementa el análisis de Malena Rodríguez sobre la poesía puertorriqueña en el contexto de la Guerra de Vietnam. Allí la autora estudia la producción poética de Luis Antonio Rosario Quiles, José Ramón Meléndez, Nemir Matos, Víctor Frago, Salvador López González, Iván Silén y José Ángel Figueroa.

Carlos Altagracia retorna al tema caribeño en su ensayo sobre las relaciones de Puerto Rico y la República Dominicana en los años sesenta luego de la muerte de Trujillo y la búsqueda de una transición política hasta la intervención estadounidense de 1965. Esta fue una de las coyunturas más importantes de la acción exterior de Puerto Rico durante la Guerra Fría y fue clave para el rumbo de la política dominicana. Altagracia describe cómo Puerto Rico jugó con su propia voz que buscaba impulsar “el modelo de desarrollo puertorriqueño” en un complejo tablero donde actuaban Estados Unidos y Cuba con proyectos antagónicos.

Además de Mara Pastor, Manuel Avilés Santiago aborda las profundas huellas que dejó la Guerra de Vietnam, pero esta vez desde la perspectiva de los veteranos. El autor subraya con toda razón que los estudios sobre los veteranos “brillan por su ausencia”. Esta es una razón que fue afortunado incluir en esta dimensión en el volumen. El ensayo se basa en las entrevistas de historia oral que les hizo a tres informantes en el 2011 y la bibliografía disponible sobre la experiencia de la guerra. Las voces de estos veteranos nos proveen muchas claves sobre sus experiencias en la guerra y sobre la situación de los miles de puertorriqueños que fueron a Vietnam para luego ser recibidos de forma generalmente hostil.

El propósito de esta presentación es que se animen a leer un libro indispensable sobre la historia

contemporánea de Puerto Rico y el Caribe. Quizás nos ayude a entender por qué el final de la Guerra Fría ha sido uno de los factores que nos ha llevado a las circunstancias actuales. Nunca agotamos los temas de investigación histórica pero este libro sobre la Guerra Fría, a través de sus varios ensayos fundamentados en una amplia utilización de fuentes diversas, les abrirá camino a otros estudios sobre esas décadas en que nuestras sociedades fueron parte de una lucha binaria por el poder mundial. Creo que es justo reconocer que muchos de estos proyectos de investigación y divulgación sobre la historia del siglo 20 han contado con el apoyo entusiasta de Elizardo Martínez, a pesar de los riesgos de publicar gruesos volúmenes de historia en las circunstancias de Puerto Rico y del negocio editorial. La decisión de apoyar este proyecto será otro de [s]us aciertos editoriales.

El historiador es exdirector del Bachillerato Interdisciplinario de la Universidad Carlos Albizu y profesor del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Fue decano de la Facultad de Estudios Generales, catedrático y director de departamento en la Universidad de Puerto Rico. Es especialista en la historia política y militar de Puerto Rico y el Caribe. Entre sus publicaciones, figuran: *Strategy as Politics, Puerto Rico on the Eve of the Second World War*, *Las memorias de Leahy: los relatos del Almirante William D. Leahy sobre su gobernación de Puerto Rico (1939-1940)* y *Política militar y dominación: Puerto Rico en el contexto latinoamericano*. Su trabajo investigativo y editorial ha sido premiado en varias ocasiones.